

Gullón volvió a encontrarse a Leopoldo en agosto del año 39 en el *Lyon* con Rosales y Vivanco.

Empezaba para Panero una vida nueva. La fundación de la revista *Escorial*, impulsada por el núcleo intelectual más activo de la Falange, con Lain y Ridruejo a la cabeza, supuso para él la entronización como poeta dentro del régimen.

Hasta entonces Panero no había publicado ni un solo libro. En realidad no publicaría el primero, *Escrito a cada instante*, hasta 1949. Pero en *Escorial* y otras revistas fue dando a conocer sus *Versos al Guadarrama*, y sobre todo *La estantería vacía*, primer largo poema que escribió terminada la guerra, un poema que señalaba ya una de las características de su futura poesía: narrativa, lírica, reflexiva y de un raro y contenido arrobamiento romántico.

Al poco de terminar la guerra, José Antonio Maravall, con el que Panero había colaborado en revistas de vanguardia, le presentó a Felicidad Blanc.

Quien quiera conocer la vida de Leopoldo Panero de esos años tendrá que recurrir necesariamente a las memorias de Felicidad Blanc.

Quienes conocieron a la mujer del poeta aseguran que se trataba de una mujer inteligente y atractiva. El libro, sin embargo, es triste y patético, con tendencia al ilusionismo, aunque revelador desde un punto de vista moral: en cualquier caso es el testimonio de una insatisfacción.

En otras palabras: según Felicidad Blanc, el día 29 de mayo de 1941, día de su boda, empezaba para ella un dilatado infierno, cuyas puertas se abrieron sólo dos años antes de la muerte del poeta, cuando de nuevo creyó recuperar su amor por él...

Aquella boda, en realidad la despedida de soltero, la celebró incluso Manuel Machado con una décima que todavía conservamos.

Al terminar la guerra, Panero, con Sánchez Mazas, con Diego, con Ridruejo y otros, en torno al magisterio de Machado, habían formado una tertulia literaria a la que pusieron el nombre de *Musa Musae*.

La vida literaria de la posguerra en Madrid, empalidecida por el fulgor de lo que había sido la de los años veinte y treinta, está aún necesitada de una historia menos lineal y compacta que la que ha llegado hasta nosotros, teñida de descrédito por la sola razón de que sus protagonistas habían ganado la guerra, apoyaban el régimen o eran con su silencio cómplices con él.

La situación económica de la nueva familia Panero no fue tal vez lo precaria de que nos habla Felicidad en su libro, pero distaba mucho de ser desahogada, por lo que Leopoldo (cuya familia paterna empezaba a recorrer el terraplén de la ruina) tuvo siempre que buscarse una colocación para poder vivir.

La encontró primero en el Instituto de Estudios Políticos, una de aquellas sinecuras del régimen, y gracias al contrato que firmó con Cultura Hispánica para hacer una antología de poesía hispanoamericana, pudo casarse.

En aquel empleo estuvo hasta 1947, cuando le ofrecieron fundar y dirigir el Instituto de España, en Londres, otra sinecura sin duda más atractiva y desde la cual su trabajo podía ser muy importante humana y literariamente.

El perfil de Panero, que sabía inglés y conocía personalmente a buena parte de la colonia de exiliados españoles en la capital británica, fue cosa que convino en ese momento al Ministerio de Asuntos Exteriores, empeñado en frenar las campañas de propaganda contra el régimen franquista y, al tiempo, interesado en difundir el lado más amable de la cultura oficial de ese momento en el interior.

Panero aceptó y aunque no fue su director sino después de un tiempo, se trasladó allí con su mujer y su hijo.

En Londres existía ya un Instituto de España, dependiente del gobierno de la República y dirigido casualmente por un pariente del propio Panero, Pablo de Azcárate.

Panero entabló muy buenas relaciones con Azcárate y recibió y compartió la amistad con otros ilustres exiliados políticos, Martínez Nadal, Salazar Chapela y, sobre todo, Cernuda, al que frecuentaron por entonces y a quien Panero socorrió con víveres en un país que también conocía las restricciones y el racionamiento. Pero las intrigas propias de todo ministerio y las denuncias que lo acusaban de ser amigo de los exiliados, le devolvieron a España al año siguiente.

La vida de Panero en ese tiempo, según cuenta su mujer, era una vida ordenada durante el día, con horas reglamentarias de despacho, y desordenada por las noches, que él y sus amigos encharcaban de whisky en casa o fuera de ella, hasta las tantas de la madrugada, lo que contribuía poco a la edificación moral del cuerpo de serenos.

Luego vino su primera «misión poética» (habría otra) por tierras americanas, dando recitales poéticos y defendiendo fuera la política y el régimen de Franco, en compañía de Foxá, de Rosales y de Antonio Zubiaurre. Fue un viaje accidentado que duró cinco o seis meses, en el cual esa caravana poética recorrió Sudamérica y el Caribe, de arriba a abajo, desde la Tierra del Fuego a la Habana, con banquetes, recepciones en aeropuertos vacíos y flores y frutas exóticas en hoteles de cinco estrellas, alternándose con abucheos continuos y tumultos en los lugares donde actuaban. Puede decirse que desde Byron no había vivido mejor poeta ninguno. Hay que añadir que aquel viaje lo hicieron por dinero, como los toreros.

Al regreso, tuvo lugar el acontecimiento tal vez más importante en la vida literaria de Panero, la publicación de su primer libro, *Escrito a cada instante*, en el que había estado trabajando diez años.

Se publicó, dedicado a Rosales, en las ediciones de Cultura Hispánica, en la primavera del año 49, con dibujos surrealizantes de José Caballero, en la línea de los que éste había incluido en el *Llanto* de Lorca.

Antes, en 1944, como se ha dicho, Panero había publicado *La estancia vacía*, que fue el comienzo de su nueva manera de hacer poesía. Este poema, narrativo a la manera romántica, recordaba en cierto modo los poemas de Wordsworth y, entre nosotros, un proyecto igualmente ambicioso como *El Cristo de Velázquez*, del wordsworthiano Unamuno. Es cierto que el poema, leído hoy, resulta en ocasiones un tanto tedioso por la falta de un centro, de un núcleo argumental, ya que la *soledad*, una y mil veces mencionada en sus versos, nunca es argumento de poema ninguno, sino la condición previa para que sea posible.

Podría también considerarse *La estancia vacía* un canto panteísta, aunque no celebrativo, pues la muerte de su hermano Juan y de su hermana Sagrario está en el origen de su composición y es justamente su pérdida la que tiñe de dolor y vacío todo aquello que el poeta rememora de su infancia o del pasado y todo cuanto describe del presente.

Si a ello añadimos que tan largo poema está íntegramente escrito en verso endecasilábico, se comprenderá la impresión de monotonía que causa su lectura, así como su *saturación* lírica, donde se carga de contenidos «poéticos» o simbolismos más o menos opacos cada verso de un poema que tiene más de mil quinientos. Como si a ese poema de aliento, de gran aliento incluso, le faltase respiración, obturada por las elipsis.

El poema tiene desde luego fragmentos muy hermosos. Dos se recogen en esta antología; no es gratuito que estén escritos ambos en forma de soneto. Pero se trataba de un trabajo destinado sobre todo al resto de los poetas. Digamos que era poesía para poetas.

Panero hubo de esperar a la publicación de *Escrito a cada instante* para dar ese paso que le ponía al alcance de otros lectores ajenos a su gremio.

*Escrito a cada instante* fue el libro que le consagró como poeta y el que sentó las bases de un prestigio que entonces era de circulación restringida y recordaba en cierto modo, por ejemplo, el del propio Guillén, antes de la publicación de su anunciado y entrevistado primer *Cántico*.

Hay poetas que lo son por el total de su obra. Tal sería el caso de Juan Ramón o de Cernuda. A otros en cambio podríamos verles enteramente en uno solo de sus libros, en las *Soledades* a Machado, en los *Cantos de vida y esperanza* a Darío o en este *Escrito a cada instante* a Panero.

Era un libro largo, con una emoción sostenida desde el primero de sus versos. La variedad de metros y rimas, de temas, de extensión o de tratamiento de cada poema en particular hacían de él un todo compacto, versátil y atractivo. Además se contaba con algo enteramente nuevo en aquellas páginas: Panero se despegaba del preciosismo un tanto huero de los poetas de la revista *Garcilaso*, del expresionismo de Dámaso o del vallejismo de corte social que caracterizaba la línea de la revista *Espadaña*, y se volvía a los fueros de una poesía enteramente lírica, monologuista e íntima.

Como primera provisión Panero restauró la trilogía clásica de la poesía contemporánea española: Antonio Machado, Unamuno y, en menor medida, Juan Ramón Jiménez.

Eran poemas de corte tradicional. La mano de los maestros, y desde luego su hálito, estaba tras de muchas de aquellas composiciones. A través de Unamuno se adivinaba a Wordsworth y a los románticos ingleses, la sombra de Keats, tan misteriosa, o la osamenta lírico-narrativa de Shelley. Con Machado volvían también las palabras esenciales del *Cántico espiritual* y desde luego, la visión del poeta sevillano, una visión grande de todo lo pequeño, familiar, cotidiano.

La acogida del libro le dio impulso y audacia para acometer una de sus más controvertidas empresas poéticas, la redacción del *Canto personal*, que apareció, en la misma editorial, el año 1953, cuando llevaba ya tres como funcionario de esa misma casa de Cultura Hispánica.

El *Canto personal* fue, como se sabe, la respuesta de Panero al libro de Neruda *Canto general*, en el cual el poeta chileno vertía sobre poetas españoles como Diego o Dámaso una ristra de insultos y acusaciones, muchas de naturaleza infamante, como la de culpar a Cossío de la desventura de Miguel Hernández, cuando, al contrario, había tratado aquél de aliviar en lo posible su prisión y, tras su muerte, la penuria de los deudos del poeta levantino.

El libro de Panero, a diferencia del de Neruda, fue mal acogido, aquí y fuera, incluso por los mismos amigos a los que Panero defendía en sus versos.

Es verdad que el *Canto personal* adolecía en muchas de sus partes de deplorables ripios; los versos «Porque España es así (y el ruso, ruso),/ hoy preferimos el retraso en Cristo/ a progresar en un espejo iluso» resultan tan candorosos que casi se absuelven a sí mismos. El fracaso de un libro no está en sus ripios [recordemos algunos de San Juan («y luego me darías,/ allí tú, vida mía/ aquello que me diste el otro día»), de Unamuno, del propio Machado]. Los ripios tienen también su alma, si están vivos. No. El principal error de Panero fue dar carta de naturaleza a un libro como el de Neruda, de intención y tiro más político que poético.